

Tharsis

Israel Agher



Capítulo 1

Cada tarde, después de la jornada, Juno trepaba al viejo tejado de Zinc para contemplar la puesta del sol dominante. El extraño juego de penumbras, siempre distinto, la devolvía a la realidad tras largas horas de oscuridad y sudor en los túneles.

Nunca había salido de aquel planeta, tercero del sistema binario y único en una órbita habitable, ni conocía más cielo que el rojo que ahora la envolvía con sus infinitos matices anaranjados, violetas y marrones. Según los ancianos, esos rayos y penumbras hablaban de la eterna pugna de los dos soles que giraban alrededor de Tharsis en su lucha por dominar el orbe.

Poco sabía Juno de la Tierra, tan solo viejas leyendas aprendidas a la luz de las hogueras. La madre perdida, el planeta con un único y solitario sol que hacia eones se volvió contra los hombres y los obligó a dispersarse por toda la galaxia. Jasper el ciego le contó una vez que su nombre provenía de un planetoide de aquel sistema, prisionero de un gigante gaseoso. Ella nunca le dio importancia: Juno era un nombre corto que sonaba bien y no conocía a nadie más que lo tuviera. De entre sus escasas propiedades, su nombre era la que más le gustaba.

El cotidiano alboroto en la cabaña anunciaba la llegada del rancho. Juno se deslizó por el alero y saltó por la ventana para hacerse un hueco entre los niños que ya hacían cola con sus cuencos en la mano. Perderse la ración significaba un día de hambre. Harald la agarró por el brazo y la puso delante de él. Harald era especial. Era pelirrojo cuando se lavaba, no lloraba cuando le azotaban y tenía algo en la mirada que le hacía distinto. Una vez le contó que había soñado que tenía padres. ¡Padres! Nadie tenía padres en Tharsis, ni siquiera los capataces.

-Mañana quiero ir a robar manzanas. -le susurró- ¿Vienes?

Juno ya sabía cómo terminaban todas las aventuras de Harald. Todavía tenía señales en su espalda a causa del último intento.

-No lo sé.

-¡Cobarde!

Uno de los capataces los estaba mirando. Juno bajó la cabeza y siguió avanzando hacia la mesa donde el cocinero vertía con desgana cazos de gachas en los cuencos que le iban poniendo por delante.

-Cualquier día te la vas a cargar de verdad, idiota.

Harald la miró distraído y se encogió de hombros.

-Iré solo. O con Jere.

Las gachas son un manjar cuando llevas un sol sin comer y no has probado ninguna otra comida en toda tu vida. Tal vez por eso estaban tan vigiladas las huertas de los capataces.

Juno se fue con su cuenco a una de las hogueras más apartadas, allí donde solían reunirse los viejos. Sabía que en ese lugar ningún otro aventurero idiota podría molestarla ni tratar de robarle su ración. En un planeta que no necesitaba colegios y donde aprender a leer te convertía en un elemento subversivo, se respetaba a los ancianos por su sabiduría. Pero pocos niños buscaban su compañía, pagando el precio de tener que escuchar sus consejas y oír una vez más sus historias absurdas.

Esa noche estaban hablando del mineral. De como en sus tiempos estaba casi a flor de tierra y apenas tenían que cavar un poco para que aflorara. Pero Tharsis se había vuelto egoísta y receloso. Ahora había que excavar profundos túneles para extraerselo. Tal vez se estaba agotando. Hacia muchas estaciones que no aparecía una nueva veta.

Juno se acercó a Jasper y le ofreció sus gachas. Este le acarició el pelo, aunque ya la había reconocido.

-¿Qué quieres preguntarme hoy?

-Háblame de los padres, Jasper.

Jasper se volvió hacia ella sonriendo.

-Todos tenemos una hembra que nos dio la vida y un varón que puso su semilla en ella.

-Eso ya lo sé, pero, ¿dónde están?

-Esclavos. Mientras sois pequeños y podéis trabajar en los túneles tenéis valor para la compañía. Cuando crecéis, os venden.

-Entonces, ¿vosotros los viejos?

-No pudieron vendernos, y ya no valemos nada.

-¿Por qué?

-Empiezan a ser demasiadas preguntas por un puñado de gachas.

-Mañana puedo traer más...

-Lo sé, pequeña, lo sé. Pero tienes que aprender bien que aquí todo tiene un precio. Trabajas, comes. Robas, sufres. Protestas, te encierran. Piensas... en fin, es como funciona, y cuanto antes lo aprendas, menos padecerás.

Juno le miró enfadada. Quería su respuesta, no una reprimenda. Y sabía bien que había pagado por ella.

-Entonces no me vas a decir por qué a los viejos no os vendieron.

-No, pero lo puedes descubrir tú misma. Míranos bien.

Juno miró los ojos vacíos de Jasper, y la única pierna de Alistair, el muñón que Bern el largo tenía por brazo y todos los otros estragos que la mina había hecho en aquellos hombres.

-A todos os falta algo.

-Eso es, pequeña, la gente no compra esclavos lisiados. Tharsis nos condenó a quedarnos aquí para siempre y vivir de las migajas.

Juno le miró apesadumbrada y el viejo de alguna forma lo supo.

-Es así como funciona, y así ha sido siempre. Te espero mañana con tus gachas, Juno.

-Seguro.

Juno se levantó, lavó su cuenco y fue a tumbarse en su rincón de la cabaña. Aquella noche soñó con manzanas.

Capítulo 2

Interior.

El amanecer tiñó de sangre las nubes del horizonte. Rojo sobre rojo. Era un mal presagio. Juno trató de no pensar en ello mientras seguía caminando hacia la entrada de la mina.

Arriba, en lo más alto de la colina desolada, ya se formaban las filas para bajar a los túneles. Los primeros equipos esperaban su turno para bajar. Tal vez hoy tendría suerte y la escogería Hauser, o Jere o tal vez Valentine. No eran tan duros. Los buscó en la distancia para procurar situarse donde la vieran bien.

-Que, ¿te lo has pensado? -la voz de Harald le llegó desde atrás, por sorpresa.

-Al carajo tus manzanas. ¿Has visto el cielo? Mal día para todo.

-Tú y tus cuentos de viejos. Piérdete, cobarde.

Juno no tuvo tiempo de contestar. Llegaba un capataz abriéndose paso a gritos seguido de una hilera de niños atados a una cuerda.

-Uf, ¡otra cuerda! Espero que no me toque ninguno. No los soporto. - susurro Harald.

Juno no se molestó en contestarle. Aún no había olvidado su primer día, cuando la trajeron desde las granjas atada a una cuerda como aquella. Sabía que jamás lo olvidaría.

-Tú, tú y tú conmigo, al nivel tres.

Humbert el cerdo. ¡Que jodida mala suerte! Hoy nada la libraría de unos cuantos latigazos. Se puso rápidamente a su lado. Con el cerdo no quedaba otra que obedecer y callar si no querías acabar el día cubierto de moratones. Oyó como trataba de protestarle al capataz.

-Esos inútiles son un lastre, señor. ¡Me tendrán todo el día buscándolos cuando se pierdan por las galerías!

-Pues átalos a los otros, joder, o diles que lloren con ganas para que puedas encontrarlos. He dicho que te llevas a esos dos, y más te vale que empiecen a rendir pronto.

Humbert separó a los dos pequeños de la cuerda, una niña de pelo negro ensortijado que no pasaría de los seis inviernos y un pequeño que no

paraba de gimotear. Los colocó junto a los otros seis que formaban su equipo y se puso frente a ellos con el látigo en la mano

-Vamos al nivel 32. Hoy no se sube hasta que no hayamos sacado los 600 kilos. Tú y tú vais con la pica, los demás acarrear, y a estos dos inútiles no quiero ni verlos, ni escucharlos, son cosa vuestra: o salen hoy del agujero sabiendo trabajar o los dejo para siempre en el pozo de los huesos, ¿entendido?

Por algo le llamaban el cerdo. Juno miró a aquellos pequeños asustados, agarrados de la mano, y supo que lo primero que había que hacer era separarlos, como hicieron con ella.

-Harald, coge tú al niño que yo me hago cargo de ella.

-¿Yo? ¡Ni en sueños!

-¿Y si a cambio yo te acompañara a por esas manzanas?

Juno tomó a la niña de la mano y se encaminó hasta la boca del pozo. Los equipos esperaban su turno para bajar. Mientras les llegaba el momento, decidió tranquilizar a la niña.

-¿Cómo te llamas?

-Bel.

-Bien Bel. No te separes de mí. Yo te enseñaré todo lo que tienes que saber.

La niña la miró con los ojos enrojecidos. Estaba aterrada.

-Mira, Bel, en esa torre hay un gran cilindro donde se enrollan los cables del elevador. Hay dos cables. Cuando uno sube, el otro baja. Fíjate como funciona, ¿ves? Por un lado suben las plataformas cargadas de mineral, y por el otro bajan las que nos llevan a nosotros. ¿Ves como se mueven?

-Sí.

-Tienes que fijarte muy bien. Es muy importante. Las plataformas están siempre moviéndose y tienes que saber cuando se puede subir a ellas y cuando hay que saltar. Mira como lo hacen los que van delante.

-¿Que pasará si me caigo?

-Haz lo que yo haga y no te pasará nada.

El equipo que les precedía saltó a la plataforma como si llevaran meses ensayándolo. Con esa habilidad que da la práctica los niños cayeron con precisión sobre la plataforma mientras esta bajaba y se agarraron a la barandilla. Era su turno. Bel se aferró a su mano. Juno pensó en soltarla; si en el último momento la niña no saltaba podía hacerla perder el equilibrio y arrastrarla al vacío. La miró de nuevo, buscando una respuesta en su mirada, y supo que no iba a saltar. El miedo la había paralizado.

-Bel, colócate delante mía y cierra los ojos. Cuando notes que te empujo, salta hacia adelante con todas tus fuerzas.

-¡No me sueltes!

-Confía en mí, Bel. Haz lo que te digo.

La plataforma bajaba vacía hacia ella. El cerdo los miró con desprecio y saltó antes de que la plataforma estuviera a su nivel. No podía permitir que se cayera alguien de su equipo ante la mirada de los capataces.

-Saltad. ¡Ahora!

Juno esperó un instante más y entonces empujó a Bel. La niña ahogó un grito e hizo un movimiento instintivo intentando agacharse. Juno lo esperaba de alguna manera, y de forma casi instantánea le pasó sus brazos bajo las axilas y saltó adelante, cargando con ella. El peso de la niña acertó su salto.

Cayó demasiado cerca del borde, tanto que casi pierde el equilibrio. Humbert el cerdo había agarrado a Bel para que no cayera por el otro lado.

-Enséñala a saltar o acabará matándonos a todos.

Bel corrió a abrazar sus piernas, y Juno le tapó la mano con la boca para reprimir sus gemidos. Harald había saltado junto a su pupilo sin ningún problema. Le dedicó una mueca burlona antes de que la oscuridad los fuera envolviendo.

La plataforma continuó bajando sin cesar. Cada pocos metros experimentaba una sacudida provocada por alguna de las plataformas superiores sobre las que iban saltando otros equipos. El cable de acero que atravesaba el centro de la plataforma era su único sostén. Juno se arrastró con Bel al centro, donde la plataforma se movía menos.

Trató de explicarle a Bel que por el otro lado del pozo ascendían las plataformas cargadas de mineral; ambas líneas actuaban como contrapeso una de la otra, y cuando el cable que bajaba llegaba a su final,

se invertía el giro del motor y entonces bajaban personas y materiales por la otra línea y subía mineral por la que ocupaban ahora.

La oscuridad se hacía cada vez más densa y el calor más intenso. No se oía más que el eterno susurro de los filtros. El aire viciado olía a polvo, a sudor, y de pronto también a orina. Bel se aferraba a su mano y lloriqueaba, pero supo que no había sido ella.

-Bel, tienes que estar preparada. Este salto es mucho más fácil. Pronto verás las luces de las galerías, son grandes túneles que empiezan en este pozo. Cuando te empuje tienes que saltar, pero no dudes esta vez. ¿Has entendido?

-Si.

Al cabo de un par de minutos Humbert les avisó de que se fueran prepararan para saltar. Se estaban acercando al nivel 32.

Juno sabía que esta vez el instinto de Bel jugaba a su favor. La niña saltaría con decisión desde aquella plataforma amenazadora a la seguridad del suelo del túnel; la oscuridad le impedía sentir vértigo, y ya era la segunda vez que saltaba. A casi todos habían tenido que empujarles la primera vez.

Las luces de las galerías rompían la oscuridad creando un tenue juego de penumbras. De nuevo podían ver sus siluetas e incluso las plataformas de la otra línea. Juno las miró distraída y de pronto sus ojos observaron algo inquietante.

-Humbert, es la segunda plataforma que sube vacía.

-¿Estas segura?

Todos se quedaron mirando al otro cable hasta que vieron ascender otra plataforma, vacía como las anteriores.

-¡Joder! ¡Agarraos bien!

Bel la miró asustada. Juno la agarró como pudo y la acogió en su seno, agachándose contra la plataforma mientras aferraba el cable con la otra manos. No tenía tiempo de explicarle que ese sucio mineral era muy importante, más importante incluso que todos ellos. No le daba tiempo a contarle que los cables no paraban nunca, que el trabajo no paraba nunca, y que los capataces no toleraban que se perdiera ni una sola piedra, y por esa razón dejaban de cargar el precioso Tharsium en las plataformas justo antes de hacer una voladura.

